

«Obtener milagros de Dios»

Las siguientes citas evangélicas nos muestran que el Señor está siempre dispuesto a obrar milagros en favor de quienes se dirigen a Él con confianza y guardan sus mandamientos, permaneciendo en su amor. Es evidente que, puesto que somos hijos de Dios, debemos obedecer la voluntad de nuestro Padre Celestial, nuestro Creador y Señor, que nos ha dado por amor un Espíritu destinado a vivir eternamente, a imagen y semejanza de su Espíritu Todopoderoso de vida eterna.

Este Espíritu que hemos recibido y que vive en nuestro cuerpo, al ser de la misma naturaleza que Dios, es el instrumento a través del que podemos dialogar con el Señor, como una relación entre Padre e Hijo, con la posibilidad de poder pedirle cualquier cosa por fe, para que la petición le sea concedida.

(Pedid y se os dará, buscad y encontraréis, llamad y se os abrirá; porque todo el que pide recibe, quien busca encuentra y al que llama se le abre. Si a alguno de vosotros le pide su hijo pan, ¿le dará una piedra?; y si le pide pescado, ¿le dará una serpiente? Pues si vosotros, aun siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará cosas buenas a los que le piden!). Mateo 7,7

Jesús nos invita a pedir con confianza a Dios Padre lo que necesitamos, tranquilizándonos por el simple hecho de que como Dios es un Padre amoroso, dará a sus hijos todo lo que se le pida.

(Ese día no me preguntaréis nada. En verdad, en verdad os digo: si pedís algo al Padre en mi nombre, os lo dará. Hasta ahora no habéis pedido nada en mi nombre; pedid, y recibiréis, para que vuestra alegría sea completa). Juan 16,23

Jesús nos prometió que si pedimos a Dios Padre en su nombre lo que necesitamos, se nos dará, para alegría de quienes obtienen de Dios lo que han pedido.

(Tú, en cambio, cuando ores, entra en tu cuarto, cierra la puerta y ora a tu Padre, que está en lo secreto, y tu Padre, que ve en lo secreto, te lo recompensará. Cuando recéis, no uséis muchas palabras, como los gentiles, que se imaginan que por hablar mucho les harán caso. No seáis como ellos, pues vuestro Padre sabe lo que os hace falta antes de que lo pidáis). Mateo 6,6

Jesús nos enseñó a rezar a Dios incluso en el secreto de nuestra habitación, seguros de que podemos ser vistos y escuchados por Él y, a continuación, ser recompensados. Esta oración conviene hacerla con unas pocas palabras sinceras, porque el Señor lo ve todo, nos conoce bien y sabe lo que necesitamos.

(¿No crees que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí? Lo que yo os digo no lo hablo por cuenta propia. El Padre, que permanece en mí, él mismo hace las obras. Creedme: yo estoy en el Padre y el Padre en mí. Si no, creed a las obras. En verdad, en verdad os digo: el que cree en mí, también él hará las obras que yo hago, y aun mayores, porque yo me voy al Padre. Y lo que pidáis en mi nombre, yo lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si me pedís algo en mi nombre, yo lo haré). Juan 14,10

Jesús nos demostró que los milagros que obró fueron hechos por la presencia del Espíritu de Dios Padre en su cuerpo. Incluso Jesús dijo que quien cree en Él puede hacer milagros aún mayores que los suyos, porque Él fue al Padre y se convirtió en Espíritu. Por lo tanto, todo lo que le pidamos en su nombre, Él lo puede hacer, para gloria de Dios Padre en el nombre del Señor Jesús.

(Yo soy la vid, vosotros los sarmientos; el que permanece en mí y yo en él, ese da fruto abundante; porque sin mí no podéis hacer nada. Al que no permanece en mí lo tiran fuera, como el sarmiento, y se seca; luego los recogen y los echan al fuego, y arden. Si permanecéis en mí y mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que deseáis, y se realizará. Con esto recibe gloria mi Padre, con que deis fruto abundante; así seréis discípulos míos. Como el Padre me ha amado, así os he amado yo; permaneced en mi amor. Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; lo mismo que yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor). Juan 15,5

El Señor Jesús nos mostró que si permanecemos en su amor cumpliendo sus mandamientos y aceptando su Palabra de verdad en nosotros, también podemos pedirle numerosos milagros y nos serán concedidos, para gloria de Dios Padre y como fruto del discipulado. De hecho, Jesús, incluso con sus numerosos milagros, demostró haber dado mucho fruto a Dios Padre.

(A la mañana siguiente, al pasar, vieron la higuera seca de raíz. Pedro cayó en la cuenta y dijo a Jesús: «Maestro, mira, la higuera que maldijiste se ha secado». Jesús contestó: «Tened fe en Dios. En verdad os digo que si uno dice a este monte: "Quítate y arrójate al mar", y no duda en su corazón, sino que cree en que sucederá lo que dice, lo obtendrá. Por eso os digo: todo cuanto pidáis en la oración, creed que os lo han concedido y lo obtendréis). Marcos 11,20

El Señor Jesús nos hizo entender que debemos tener fe en Dios, pidiendo al Señor obras poderosas sin dudar, creyendo firmemente que podemos obtener de Dios lo que deseamos.

(Dijo Jesús: «Quitad la losa». Marta, la hermana del muerto, le dijo: «Señor, ya huele mal porque lleva cuatro días». Jesús le replicó: «¿No te he dicho que si crees verás la gloria de Dios?». Entonces quitaron la losa. Jesús, levantando los ojos a lo alto, dijo: «Padre, te doy gracias porque me has escuchado; yo sé que tú me escuchas siempre; pero lo digo por la gente que me rodea, para que crean que tú me has enviado». Y dicho esto, gritó con voz potente: «Lázaro, sal afuera». El muerto salió, los pies y las manos atados con vendas, y la cara envuelta en un sudario. Jesús les dijo: «Desatadlo y dejadlo andar»). Juan 11,39

El Señor Jesús nos mostró que, si queremos ver la gloria de Dios, debemos creer en su omnipotencia sin dudar. De hecho, Jesús, con la resurrección de Lázaro, demostró que el Espíritu de Dios tiene el poder de resucitar a un muerto después de cuatro días.

(Entre tanto, una mujer que sufría flujos de sangre desde hacía doce años, se le acercó por detrás y le tocó la orla del manto, pensando que con solo tocarle el manto se curaría. Jesús se volvió y al verla le dijo: «¡Ánimo, hija! Tu fe te ha salvado». Y en aquel momento quedó curada la mujer). Mateo 9,20

Este milagro nos permite ver que si depositamos nuestra confianza en el Señor Jesús y creemos que podemos obtener de Él el milagro deseado, este se hará realidad. En este caso, la mujer se curó no por el contacto con el manto, sino por la fe en Jesús. De hecho, la mujer podría no haber tocado el manto, diciéndole a Jesús: «¡Señor, ten piedad de mí, si quieres puedes curarme!» y Jesús podría haber respondido: «¡Cúrate!» y la mujer se habría curado igualmente. Así que no fue el manto lo que obró el milagro, sino el Espíritu de Dios Padre que vivía en Él.

El Mensajero de Dios